

INTRODUCCIÓN

Los libros sobre Japón escritos en lenguas españolas entre 1868 y 1945*

El objetivo de este trabajo es brindar una aproximación al conjunto de libros en lenguas españolas que, publicados en el periodo comprendido entre 1868 y 1945, posibilitaron que en nuestro país se alcanzara —junto con otras vías— un notable conocimiento de Japón, así como valorar cuál fue su impacto en distintos niveles. Se trata de una serie de obras, tanto traducciones de textos en las lenguas inglesa, francesa, alemana y japonesa como libros redactados directamente en español o en catalán, que recogieron en sus páginas visiones, más o menos amplias, sobre el país del sol naciente o que abordaron, con mayor o menor profundidad, distintas facetas de la vida pasada o contemporánea del archipiélago nipón. Asimismo, es intención de este volumen realizar una revisión crítica de una selección de estos textos que, por su divulgación o impronta, por su naturaleza o excepcionalidad, se ha considerado que merecen ser destacados. Es evidente que los libros objeto de nuestra atención no dejan de ser referencias fragmentadas de conocimiento, y difícilmente pudieron dar lugar a una comprensión completa, real u objetiva de Japón; pero sí creemos que se ha de reconocer la importancia que tuvieron en nuestra geografía como difusores de la historia y de la cultura del pueblo nipón. Tales obras, sin duda, marcaron o mediatizaron la idea que los lectores españoles tuvieron de las realidades del «lejano país del Extremo Oriente», desempeñaron un papel esencial en la imagen que en España se forjó de esta nación e incluso, como veremos, dejaron su huella en algunos creadores españoles, que se acercaron a sus manifestaciones artísticas y sus formas de pensamiento gracias, entre otros cauces, a estos textos que se pudieron consultar en el periodo comentado.

* Las contribuciones que se recogen en este volumen forman parte de los resultados de investigación del Proyecto *Arte y cultura de Japón en España: difusión e influencia*, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades con expediente PGC2018-097694-B-I00.

Para llegar a estos fines, se irán sucediendo distintos capítulos: el primero de naturaleza más general y los siguientes de carácter más específico, que han sido elaborados por profesores e investigadores de diversas universidades españolas, integrantes del grupo de investigación Japón y España Relaciones a través del Arte¹.

Obviamente, el intervalo histórico en el que se va a centrar este estudio no es aleatorio, sino que está claramente justificado por el contexto histórico de ambos países, tal y como comentaremos a continuación.

Las relaciones entre Japón y los países de órbita occidental se establecieron de forma temprana, gracias al desarrollo de los intercambios comerciales con los pueblos de la península ibérica y a la evangelización del archipiélago nipón que llevaron a cabo los misioneros católicos durante el periodo conocido como Namban (1543-1639). Producto de este encuentro cultural fueron una serie de textos (informes, historias, relaciones, crónicas, cartas, etc.), o bien manuscritos, o bien publicados en forma de libro, que, aparecidos en el siglo xvi y las primeras décadas del xvii, recogieron los testimonios y experiencias de aquellos viajeros, religiosos, diplomáticos y mercaderes occidentales que, por entonces, lograron llegar a tan lejanas latitudes. Posteriormente, durante el periodo Edo (1603/1615-1868), a pesar del aislamiento que los gobernantes Tokugawa impusieron a Japón, desde aproximadamente mediados del siglo xvii se publicaron nuevos libros occidentales sobre el país (algunos de ellos ilustrados), muchos de los cuales tomaron como base los informes elaborados por los miembros de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (VOC), que fueron los únicos europeos que pudieron establecer relaciones comerciales directas con las islas. De esta forma, a lo largo de la Edad Moderna, Occidente pudo contar con un legado bibliográfico que constituyó una fuente fundamental para el conocimiento de la cultura y el arte del país del sol naciente y la base de la primera imagen que los europeos y americanos de aquel entonces se forjaron de su civilización.

¹ Véase la web del grupo: <https://jye.unizar.es/>.

No obstante, fue en el siglo XIX cuando los profundos cambios políticos, sociales, económicos, tecnológicos y culturales acaecidos en Occidente, fruto de las revoluciones industriales, cambiaron por completo sus relaciones con Asia oriental. Por entonces, un buen número de pueblos europeos y norteamericanos adoptaron una política expansionista y colonialista que dio lugar a la irrupción de estas potencias en distintos países de la geografía asiática, entre los que se encontraba Japón. En efecto, fue hacia mediados del siglo XIX cuando el archipiélago nipón se vio obligado a abrir sus fronteras por la presión de varias naciones occidentales. La llegada de extranjeros al país no hizo más que apresurar la caída política del *bakufu* Tokugawa, por entonces en decadencia, y la restauración del poder imperial, en 1868, en la figura del emperador Mutsuhito (1852-1912). Desde ese momento y a lo largo de la era Meiji (1868-1912), el archipiélago nipón acometió un proceso de apertura al exterior y de profunda modernización encaminado a un fortalecimiento que garantizara su independencia. En este periodo, y bajo el signo de Occidente, se llevaron a cabo en Japón importantes cambios políticos, legislativos, sociales y religiosos (afianzamiento del sintoísmo y, a la vez, reconocimiento de la libertad de religión); se activaron la economía, la industria y el comercio; se renovaron los sistemas educativos en todos los niveles y la creación artística, musical y literaria; y se introdujeron nuevas infraestructuras y tecnologías antes desconocidas. También se reformaron sus fuerzas armadas, que se convirtieron en un ejército nacional adiestrado, preparado y bien equipado, que permitió al Gobierno nipón emprender una política expansionista y alzarse con la victoria en las llamadas guerra sino-japonesa (1894-1895) y guerra ruso-japonesa (1904-1905), además de anexionarse Corea en 1910. En definitiva, en el curso de poco más de cuarenta años, Japón se convirtió en una potencia de primer orden en el contexto internacional, hecho que intensificó los sentimientos de identidad nacional y el orgullo y autoconciencia de la singularidad del pueblo nipón.

Desde que diversos y poderosos países como Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Alemania, Austria, Países Bajos y Rusia, entre

otros, firmaran sucesivos tratados de amistad, comercio y navegación con Japón, se fueron estableciendo, a lo largo del periodo Meiji, amplias y fuertes relaciones políticas, comerciales, culturales y artísticas entre estas naciones y el archipiélago nipón. Tales vínculos se mantuvieron en la era Taishō (1912-1926), regida por el frágil emperador Yoshihito (1879-1926). En este periodo, marcado por la participación de Japón en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), se consolidaron los logros alcanzados durante la era anterior. Se siguió promoviendo la modernización de las islas y hubo continuidad en las relaciones diplomáticas con Occidente; incluso durante los años veinte hubo iniciativas para potenciar la democratización del país, si bien las tendencias totalitaristas y nacionalistas se fueron imponiendo finalmente en la política japonesa, hasta llegar a su culminación en el contexto de los años treinta del siglo xx.

Así, gracias a la apertura y modernización del archipiélago nipón, a la ostensible mejora de los sistemas de transporte y navegación y también a la apertura de nuevas vías de comunicación (caso del canal de Suez, en 1869, y el canal de Panamá, en 1914) durante las eras Meiji y Taishō, muchos extranjeros occidentales —diplomáticos, comerciantes, empresarios, misioneros de distintas confesiones religiosas, artistas, intelectuales, escritores o turistas— viajaron hasta Japón. A ellos se sumaron numerosos europeos y americanos, expertos en distintos ámbitos del saber que, en especial en la era Meiji, fueron reclamados por las autoridades niponas con el fin de que guiaran el camino a la modernización. Algunos de estos extranjeros plasmaron por escrito, en forma de artículos o libros, sus impresiones o los saberes adquiridos en el país; autores a los que se añadieron otros muchos que, si bien no fueron hasta las islas, se nutrieron de variadas fuentes para divulgar las realidades de aquel atractivo y lejano país del sol naciente. De esta forma, fueron muy abundantes las publicaciones occidentales que proporcionaban visiones generales sobre la vida y cultura de Japón, e incluso otras obras que trataban de forma más específica, profunda y documentada distintas facetas de la historia, sociedad, cultura, literatura, arte y progreso de las islas. A

ellas se añadieron los ensayos redactados por los mismos nipones, algunos de los cuales fueron escritos directamente en lenguas extranjeras o traducidos del japonés a otros idiomas occidentales. Todos estos textos, junto con diversas circunstancias como la intensificación del comercio, que permitió la llegada de variados productos y distintas manifestaciones artísticas niponas (lo que suscitó un ávido coleccionismo), la participación de Japón en las exposiciones universales e internacionales o la llegada de japoneses a varios países europeos y americanos, dieron lugar a que Occidente tuviera un mayor conocimiento de este país de Asia oriental. Este acercamiento hizo que se viese a Japón como una emergente y moderna nación, capaz de hacerse un hueco en el concierto internacional, pero también como un país poseedor de una extraordinaria cultura tradicional que se mostraba en sus exquisitas artes, su refinada literatura y sus elegantes costumbres. Tal percepción dio lugar en Europa y América a una singular fascinación por la «exótica» cultura tradicional nipona y una apasionada moda por todo lo japonés que dejaron sus huellas en múltiples manifestaciones de la cultura occidental. En particular, el impacto y la influencia del arte de Japón fueron especialmente relevantes en nuestras artes del último tercio del siglo xix y las primeras décadas del xx, ya que sus manifestaciones se erigieron en fuente de inspiración, renovación y cambio, un fenómeno que conocemos como japonismo. En definitiva, en aquellas naciones europeas y americanas que, en la segunda mitad de siglo xix y las primeras décadas del xx, habían establecido vínculos potentes con el Imperio nipón durante las eras Meiji y Taishō, se pudo reunir un importante acervo de obras sobre el idioma, la literatura, la historia, la religión, el arte, el folclore y las costumbres de Japón, además de numerosas traducciones de obras literarias niponas, y también ensayos sobre la vida japonesa contemporánea (especialmente en relación con la figura del emperador, el progreso y la transformación del país en todos los niveles y su participación en las distintas guerras), lo que impulsó la introducción de los estudios japoneses como disciplina académica en los ámbitos universitarios europeos y norteamericanos.

Fue a partir de finales de la década de los veinte cuando la moda, la seducción o la pasión por todo lo nipón en la cultura occidental parecía desvanecerse, momento en el que se produjeron cambios de profundo calado en el archipiélago japonés. El emperador Taishō falleció en 1926, y a partir de esta fecha el príncipe Hirohito fue investido como el nuevo emperador de Japón, y dio comienzo así la era Shōwa (1926-1989). Entre 1928 y 1932, la sociedad japonesa se vio abocada a un momento crítico marcado por la Gran Depresión de 1929, las tensiones sociales y los conflictos entre las élites sobre el camino que Japón debía seguir en políticas interior y exterior. Los años treinta del siglo xx se caracterizaron por la popularidad de los movimientos nacionalistas, de tinte fascista, que defendían la eliminación del sistema parlamentario y la economía capitalista, y promovían la figura del emperador como centro de una supuesta esencia japonesa de carácter único y singular frente al resto del mundo. Este cambio de mentalidad obedeció en parte a las propias circunstancias externas e internas del país, pero también a la progresiva extinción en todo el mundo de las corrientes cosmopolitas que habían caracterizado los años veinte y que, tras la Gran Depresión, dieron paso a políticas proteccionistas y nacionalistas. Algunos grupos de poder de la sociedad japonesa instaron a los militares a que intervinieran en la política nacional. De esta forma, la política de expansión territorial mediante el militarismo ganó fuerza, una política imperialista, destinada a ampliar la influencia política de Japón en Asia con el fin de garantizar el acceso a las reservas de materias primas y otros recursos económicos de la zona, que terminó perfilándose como una solución a los problemas de la nación.

La invasión japonesa de Manchuria comenzó en 1931 y, tras la intervención militar en 1932, se declaró el Estado de Manchukuo, que, aunque nominalmente independiente, quedó en manos de responsables japoneses, los cuales, junto con el personal manchú, ocuparon puestos en toda la Administración pública de Manchukuo y mantuvieron sus tropas. En ese mismo año, en Japón hubo un intento de golpe de Estado organizado, entre otros, por miembros reaccionarios de la Armada Imperial Japonesa, ayudados por cadetes del Ejército Imperial Japonés y civiles ultranacionalistas; un segundo intento tuvo

lugar en 1936. Pronto se desató la segunda guerra sino-japonesa, un conflicto militar entre la República de China y el Imperio de Japón, que se libró entre los años 1937 y 1945. El ejército chino luchó con el apoyo económico de la Unión Soviética y los Estados Unidos, mientras que Japón contó con la ayuda proporcionada por la Alemania nazi. En 1940, Alemania, Italia y Japón firmaron el Pacto Tripartito, conocido como la alianza del Eje. Después del ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, se desencadenó el enfrentamiento bélico entre los estadounidenses y japoneses, que se fundió en el gran conflicto de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La terrible contienda finalizó cuatro años más tarde con el trágico bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki y la derrota y rendición incondicional por parte de Japón en 1945, que dio paso al periodo de ocupación norteamericana que se dilató hasta el año 1952. No obstante, y a pesar de estas circunstancias señaladas y a las fluctuantes y distintas relaciones que Japón estableció con varias naciones occidentales, el archipiélago nipón, su historia, evolución y cultura siguieron siendo foco de atención y estudio en aquellos países en los que, en décadas anteriores, se había consolidado una tradición de estudios sobre las islas.

El caso de las relaciones entre España y Japón presenta múltiples particularidades. Lamentablemente, aunque los vínculos entre la península ibérica y Japón ya se habían iniciado en el siglo xvi, lo cierto es que estos lazos del pasado no se mantuvieron en épocas sucesivas por diversas circunstancias históricas. Durante la segunda mitad del siglo xix y las primeras décadas del xx, España vivió una profunda crisis política, económica y social. Es revelador que en una fecha tan significativa como 1868, año en el que el emperador Mutsuhito recuperó su poder (Revolución Meiji) y en el que se firmó el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre España y Japón para iniciar relaciones diplomáticas y comerciales, fue cuando en nuestro país se produjo la Revolución Gloriosa, sublevación militar que supuso el destronamiento y exilio de la reina Isabel II (1830-1904). Posteriormente, tuvo lugar el cambio de dinastía con el reinado, entre 1870 y 1873, de Amadeo de Saboya (1873-1933), y se desencadenó la tercera guerra carlista (1872-1876). En febrero de 1873, se produjo la proclamación

de la Primera República, que vio su fin en diciembre de 1874 con el pronunciamiento del general Martínez Campos, que llevó a la restauración de la monarquía borbónica. Desde entonces, fueron sucediéndose los convulsos periodos de gobierno de Alfonso XII (1857-1885) hasta 1885; la regencia de la reina M.^a Cristina (1858-1929) hasta 1902; y el reinado de Alfonso XIII (1886-1941) hasta 1931. A esta inestabilidad política, que fue una rémora en el establecimiento de vínculos con Japón, se sumó el poco interés mostrado por los gobiernos españoles por Asia oriental, aun poseyendo el privilegiado enclave de las islas Filipinas, que además dejó de ser colonia española en el año 1898, tras la guerra hispano-estadounidense.

Como es lógico, en este cúmulo de circunstancias fue muy difícil establecer sólidas, intensas y efectivas relaciones diplomáticas, económicas y culturales entre España y Japón, sobre todo en comparación con las que otras naciones del ámbito occidental crearon con el archipiélago. En la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX, ni Japón entró en la órbita de intereses de España ni España en la de Japón. Así, apenas se pudo dotar de contenido al tratado suscrito por ambos países, y el mutuo comercio directo fue más bien escaso. Por otra parte, la presencia de españoles en las islas fue muy reducida, ya que se ciñó a la representación diplomática, a los religiosos que arribaron al país y a un limitado número de viajeros que marcharon hacia el archipiélago con distintos fines o intenciones; esto es, casos muy puntuales de comerciantes, empresarios, escritores, periodistas y expertos. Por otro lado, tampoco fueron muchos los japoneses (aunque los hubo) que visitaron y residieron en la geografía española.

La situación de nuestro país siguió siendo compleja en el discorrir del tiempo. El año 1931 fue una fecha clave tanto para la historia de España como para la de Japón, aunque por motivos bien distintos. Justo en esta fecha, año de la invasión japonesa de Manchuria, en España se proclamó la Segunda República, a la que siguió una cruenta guerra civil (1936-39). Luego se vivieron los duros años de la posguerra franquista con su pobreza material y cultural, así como el aislamiento

internacional. En este marco histórico, las relaciones entre España y Japón fueron ciertamente curiosas y cambiantes, al igual que las imágenes que tuvimos de este país. De la visión de Japón como nación avanzada, anticomunista de nobles valores guerreros que, durante la época de la segunda guerra sino-japonesa, ensalzaron algunos generales y políticos del entorno del dictador Francisco Franco, se pasó, a finales de la Segunda Guerra Mundial, a la imagen de un Japón cruel y antagonista, alejado del pueblo español. Para colmo de males, en la batalla de Manila, en el año 1945, las fuerzas japonesas asesinaron a algunos miembros de la colonia española en Filipinas. Este hecho provocó que España estuviera a punto de declarar la guerra a Japón, y, desde luego, determinó la ruptura de las relaciones diplomáticas el 12 de abril de 1945, que se recuperaron tiempo después, en 1952. Como se puede comprender, en el suceder de los acontecimientos descritos no se produjeron las circunstancias idóneas para el desarrollo de estrechas relaciones entre España y Japón.

De esta forma, y *a priori*, se podría deducir que entre los años 1868 y 1945, fechas tan claves para España y Japón, el impacto que tuvo este último país en nuestra geografía fue más bien limitado, o, al menos, no fue tan intenso como el que produjo en otras naciones europeas y americanas. No obstante, esta afirmación precisa de una matización. Gracias a las investigaciones llevadas a cabo en distintas universidades españolas, en las últimas décadas se ha podido demostrar que hubo una presencia más que notable de Japón en la España de esa etapa, así como toda una serie de vías que posibilitaron que los españoles pudieran alcanzar un grado de conocimiento, nada despreciable, de la historia y la cultura de Japón.

Efectivamente, durante el último tercio del siglo xix y las primeras décadas del xx, la atracción y fascinación por lo japonés que se difundió por Occidente también se experimentó vivamente en la España de esa época. Esto llevó al desarrollo de un singular coleccionismo de piezas artísticas niponas (adquiridas sobre todo en el extranjero, aunque también en nuestra tierra) y a que Japón tuviera una influencia en múltiples facetas de nuestra cultura, aunque es cierto que de una manera más

tardía y con una mayor duración en el tiempo. Aquí hemos de incluir también las artes, ya que se han identificado numerosos creadores españoles en los que caló en distinta profundidad el fenómeno del japonismo que, con epicentro en París, centro artístico por excelencia en aquel entonces, se expandió de manera exponencial por Europa y América. Además, a España también llegaron los ecos de la presencia de los pabellones japoneses en las exposiciones universales e internacionales celebradas en distintas capitales del mundo, muestras que acogían a miles de personas interesadas o simples curiosos. De hecho, se celebraron dos exhibiciones de este tipo en la cosmopolita ciudad de Barcelona, en los años 1888 y 1929, respectivamente, en las que los expositores nipones cosecharon un extraordinario éxito del público y causaron singular impresión. Asimismo, la prensa española de la época (revistas y diarios) dio cuenta de los hechos que estaban acaeciendo en el país del sol naciente y comentó los múltiples aspectos de su particular cultura, con un tratamiento informativo similar al que se otorgó en la prensa de otras naciones con mayores contactos directos con el archipiélago nipón. Pero, sin duda, también fueron una eficaz vía de conocimiento de Japón en España los distintos libros que recogieron variados testimonios sobre el lejano país del Oriente. Un buen número de estos textos fueron redactados por franceses, británicos, alemanes, estadounidenses e incluso japoneses; libros que fueron accesibles a los lectores de habla hispana no solo en sus lenguas originales (en el caso de las europeas), sino también por las traducciones al castellano o al catalán que se realizaron. Además, durante este periodo se publicaron libros sobre Japón elaborados por escritores españoles (diplomáticos, militares, eruditos, literatos y periodistas) que, o bien fueron al archipiélago nipón en aquel momento histórico, o bien bebieron de fuentes foráneas. Asimismo, llegaron a nuestro país textos de autores latinoamericanos, que, por compartir el castellano como lengua común, se difundieron entre los españoles interesados por el tema. Eso sí, todas estas vías de encuentro con Japón, que en la mayoría de los casos no eran directas, sino a través de mediación extranjera, no fueron suficientes para que en la España de aquel entonces, a diferencia de otras naciones europeas o americanas, surgiese un grupo de académicos o intelectuales dedicados a los estudios japoneses,

ni para que apareciesen sociedades científicas o iniciativas desde el ámbito universitario que promoviesen el conocimiento profundo de la lengua, la cultura, el arte, la historia y el pensamiento religioso de Japón, una rémora que se haría sentir en épocas posteriores.

Ya llegando a la década de los treinta del siglo xx, y sin una base sólida de vínculos creados con anterioridad, las relaciones entre España y Japón, debido a las situaciones de ambos países antes reseñadas, no fueron propicias para que estos estrecharan sus lazos. Como en momentos anteriores, y a excepción, de nuevo, de los misioneros y los diplomáticos, no hubo muchos españoles, comerciantes, empresarios, expertos ni estudiosos, salvo contadas excepciones, que pasaran amplias temporadas residiendo en Japón; e idéntica situación se dio en el caso contrario. No obstante, y a pesar de que en las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo xx tampoco surgió en España ningún grupo o institución dedicada a estudios japoneses —lamentablemente, aún quedaban unos años para que la japonología comenzara a despegar en nuestro país—, Japón siguió siendo objeto de interés por parte de la prensa, y se continuaron publicando en español numerosas obras relativas a esta nación, ya fuese de autores extranjeros (incluidos japoneses) traducidas al castellano u obras redactadas por nuestros conciudadanos. En todas ellas se reflejó cómo fue la percepción del desarrollo político y social de Japón, la fluctuante imagen que se proyectó de este país (positiva o negativa según los casos) y qué temas o facetas de su cultura interesaron o inquietaron a los lectores españoles. De nuevo, en este periodo, los españoles pudimos acceder a la lectura de libros sobre el archipiélago nipón que salieron a la luz en editoriales de Latinoamérica.

Pues bien, partiendo de este contexto histórico, en esta publicación tendremos un primer acercamiento a la materia a través del capítulo redactado por la Dra. Elena Barlés, profesora de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, en el que se expone una panorámica global de la serie de obras, traducciones de textos en lenguas extranjeras y, sobre todo, de libros redactados directamente en lenguas españolas que, publicados durante el periodo señalado, tuvieron una especial relevancia

o demostrada difusión en España. En este capítulo, se relacionan y comentan cuáles fueron sus temas más recurrentes y quiénes fueron sus autores (o traductores, en su caso), así como los editores que apostaron por sacar a la luz dichas obras. Se trata de un catálogo de los libros esenciales que, en castellano o catalán, trataron aspectos variados sobre Japón entre las fechas comentadas; un inventario que ha sido fruto de una labor ardua, pero necesaria para establecer un marco general.

Posteriormente, se continúa con el análisis particular de una selección absolutamente personal de estas obras. Así, el ensayo de la Dra. Lourdes Terrón Barbosa, profesora de Filología Francesa en la Universidad de Valladolid, se centra en las obras del escritor y oficial de la marina francesa Pierre Loti (1850-1923), producto de sus viajes a Japón, tituladas *Madame Chrisanthème* (1887) y *Japoneries d'automne* (1889). Se enfoca en especial en la última, traducida al español y publicada por la editorial madrileña El Cosmos en época muy temprana (1889), que tuvo una notable repercusión en los círculos españoles y trasladó a nuestro país una imagen y un imaginario del paradójico Japón de la era Meiji, no exento de polémicas. Las traducciones de los libros de Loti reflejaron una visión del país del sol naciente esteticista, exótica y pintoresca, que permanecería viva durante mucho tiempo.

El texto del profesor Dr. David Almazán Tomás (Universidad de Zaragoza) ofrece un detallado estudio sobre la labor de Gonzalo Jiménez de la Espada (1874-1938), docente, japonólogo y traductor, único español contratado oficialmente por el Gobierno nipón en la era Meiji y que, desde 1907, residió diez años en Japón. En este capítulo se aborda tanto su faceta como traductor de ensayos académicos sobre Japón de destacados autores de su tiempo, como el japonés Inazō Nitobe (1862-1933) —*Bushido*, edición original en inglés de 1900— y el británico Basil Hall Chamberlain (1850-1935) —*Things Japanese*, edición original de 1890—, como su labor de divulgador de la literatura japonesa, con la colección de libros, de veinte tomos, sobre cuentos populares japoneses que presentó en castellano con la editorial Hasegawa en el año 1914.

La obra del filósofo, escritor, historiador y crítico de arte japonés Okakura Kakuzō (1863-1913), *The Book of Tea* (1906), es de sobra

conocida por su sobresaliente impacto en Occidente. Las traducciones al catalán y al español de este opúsculo, redactado originalmente en inglés, se llevaron a cabo desde comienzos de la década de los veinte del siglo xx. La profesora de la Universidad Complutense de Madrid, Dra. Pilar Cabañas Moreno, plantea un análisis de la obra en su contexto histórico y la pervivencia de su lectura, así como una reconsideración de la labor ejercida como *soft power* (poder blando). Profundiza, además, en la influencia que tuvo esta obra en las artes españolas, ya que analiza cómo algunas lecturas, como las de este libro, iniciaron en algunos de nuestros creadores más destacados un cambio de mentalidad que permitió apartarse del objeto, vinculando el arte al proceso, a la acción y a la vida.

La Dra. Yayoi Kawamura, profesora de la Universidad de Oviedo, propone una perspectiva crítica de la aportación del libro *El arte japonés*, editado por Gustavo Gili en Barcelona en 1932; una obra del mayor interés y muy poco conocida, escrita por el japonés Tsuzumi Tsuneyoshi (1887-1981) y editada originalmente en alemán (1929) por la editorial Insel de Leipzig, gracias al auspicio del Instituto Japonés de Berlín, entidad en la que dicho especialista nipón en lengua, literatura y filosofía alemana tuvo una estancia entre 1927 y 1929. En este capítulo, se nos ofrece una contextualización histórica que permite constatar el acercamiento de Alemania y Japón en el periodo de entreguerras. Además, analiza en su ensayo el concepto esencial que propone el autor japonés para entender el arte de Japón y el concepto de indelimitación, junto con otras ideas como colectividad, vida y naturaleza en el arte.

La Dra. Muriel Gómez Pradas, profesora de la Universitat Oberta de Catalunya, presenta una edición publicada en el año 1939 en Japón, en lengua española, de una obra del filósofo japonés y crítico de arte Yanagi Sōetsu (1889-1961), relacionada con su teoría del *mingei* o arte popular japonés, movimiento del que fue fundador. El libro forma parte de una serie de textos editados en distintas lenguas occidentales por la Kokusai Bunka Shinkokai (Sociedad de Fomento de Cultura Internacional), una institución, establecida en 1934, surgida en un

momento en el que Japón vivía una clara exaltación del nacionalismo, y que tenía entre sus objetivos promover y difundir la cultura nipona en el extranjero. El estudio de esta edición ofrece un análisis de la autoorientalización de la cultura japonesa que se percibe en la obra, y comenta el interés que despertó en artistas hispánicos tan dispares como el pintor colombiano Gonzalo Ariza (1912-1995), el escultor catalán Eudald Serra (1911-2002) y el creador Joan Miró (1893-1983).

Por último, la Dra. Ana Trujillo Dennis, profesora de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid), reivindica la labor de los escritores, traductores y editores del mundo de Latinoamérica en la difusión del conocimiento, la cultura y el arte de Japón, no solo en sus propios países, sino también en España, dado que, al compartir una lengua común, muchos de los libros que aparecieron sobre estos temas, fundamentalmente a partir de comienzos de siglo xx, llegaron también hasta nuestras fronteras. Debido a las particularidades históricas y sociales de las relaciones entre Japón y Latinoamérica, este capítulo también se centra en la figura del argentino-japonés Sakai Kazuya (1927-2001), traductor, editor, docente y escritor, nacido en Buenos Aires en 1927, hijo de inmigrantes japoneses y quien, a partir de la década de 1950, se convirtió en una figura clave —a través de su labor como editor, traductor o autor— en la difusión de la cultura japonesa en el ámbito de habla hispana.

El trabajo se complementa con unas tablas de una amplia selección de las publicaciones, ordenadas por temas y cronología, que vieron la luz en castellano o en catalán en el periodo que ocupa nuestra atención.

Señalaremos que los ensayos incluidos en este trabajo pretenden mostrar la riqueza, interdisciplinaridad, variedad de procedencias, temáticas y enfoques de los textos que, sobre Japón, su cultura y su arte, se pudieron leer en castellano y catalán entre 1868 y 1945; libros que, sin duda, son fruto de las cambiantes situaciones sociales y políticas de España y Japón, así como de las fluctuantes relaciones que ambos países establecieron a lo largo de este tiempo. Es obvio que la recepción y la imagen del otro estuvieron mediatizadas por los libros,

ya que, con independencia de quiénes fueron sus autores y cuáles sus objetivos o motivaciones y de la mayor o menor objetividad, profundidad o rigor académico con que se escribieron, ayudaron, como se ha dicho, a crear, con sus diversos matices, la imagen que durante muchos años se tuvo de la historia, de la cultura y del arte japoneses en el mundo de habla hispana. Si bien es cierto que los estudios japoneses académicos o científicos comenzaron a emerger más tarde tanto en España como en otras naciones de Latinoamérica, podemos decir que las obras que se relacionan en esta publicación fueron la base esencial de la construcción de la visión que tuvimos de Japón y de la percepción y comprensión de su cultura.

Para finalizar, comentaremos que en este trabajo se muestran con mayor detalle solo algunas teselas del gran mosaico de libros que pudieron ser leídos en español en el periodo que nos ocupa, comentadas de forma coral, pero desde distintos puntos de vista y metodologías. Nuestra atención se ha detenido especialmente en algunas traducciones de obras al español de autores extranjeros que consideramos especialmente significativas. Pero todavía queda mucho por hacer. De cara a un futuro, hemos de abordar el estudio monográfico del extenso glosario de obras sobre Japón que, publicadas de 1868 a 1945, fueron redactadas por viajeros, eruditos, literatos, historiadores, políticos, diplomáticos, militares, misioneros y distintos expertos en variados ámbitos del saber, tanto españoles y latinoamericanos como de otras latitudes, cuyos textos llegaron a nuestro país gracias a los traductores y a las editoriales que apostaron por dirigir su mirada más allá de sus fronteras. Estos análisis nos llevarán, sin duda, a demostrar lo que, de hecho, en esta primera aproximación ya intuimos: la relevancia de aquellos pioneros que lograron abrir nuestros ojos hacia Japón y cuya labor no ha sido estéril, ya que establecieron las bases para que otros estudios e investigadores hispanoparlantes, cuya actividad continúa en el presente, penetren cada vez más en las realidades del Japón del pasado y del presente. A través del estudio de otras culturas como la japonesa, progresamos también en el conocimiento general de nuestro mundo globalizado e, incluso, en la comprensión de nuestra propia tradición. Dicho en otras palabras, cuando ampliamos el horizonte de

nuestra cultura, expandimos asimismo el campo de nuestros saberes y contribuimos positivamente a fortalecer la educación y la cultura plurales y cosmopolitas, liberadas al fin de toda tentación eurocentrista y de sus limitaciones. Por otra parte, solo reconociendo los logros de los que nos precedieron en el pasado podremos tener la base para desarrollar en el presente y en el futuro trabajos de investigación de profundo calado.

Elena Barlés Báguena (Universidad de Zaragoza)
Muriel Gómez Pradas (Universitat Oberta de Catalunya)